

La estirpe sugestiva. A propósito de un ensayo de Santiago Rebas (primera entrega)

UNO. Para mediados de la década de 1890 quizá circuló una broma entre los neuropatólogos de Francia y Alemania. La broma se refería a un médico que daba sus primeros pasos en la disciplina, un tal Sigmund Freud. Se decía que más valía tenerlo de enemigo que de otra cosa. El chiste supo tener sus variaciones; en algún momento alguien comentó -y la ocurrencia no tardó en llegar a varios oídos- que si bien ese tal Freud daba muestras de una gran pericia como traductor, era una lástima que su lengua materna no fuera algún dialecto moribundo de Europa Central... Los colegas de Freud tenían sobrados motivos para cometer esas picardías. Sucede que a medida que aquel neurólogo de Viena cobraba mayor notoriedad -¡y bien que sabía cómo hacerlo!, si no recuérdese que en algún momento llegó a decir que todos los neuróticos del continente eran las víctimas tardías de nodrizas violadoras (lo cual, por qué no, tal vez dio pie a otra broma: ¿no sería este médico el accionista de alguna compañía de pasteurización de leche de vaca?)- sus textos más tempranos comenzaban a recibir mayor atención. En las librerías de los países de habla alemana, por ejemplo, algunos ejemplares de una obra de Bernheim prologada por la víctima de esas chanzas, de a poco se vendían y volvían a las vidrieras, luego de largas temporadas en los depósitos o los estantes inalcanzables para la vista. La misma suerte esperaba a algunos libros de Charcot, vertidos a la lengua de Goethe por el mismo traductor. Pues bien, un elemento constante era notorio en todas esas intervenciones de Freud: en su prólogo a Bernheim, no hacía otra cosa que escribir alabanzas sobre el archi-enemigo del médico de Nancy; por el contrario, en su traducción de Charcot -y sobre ello ya hemos hablado en esta sección hace tiempo-, dedicaba toda su erudición para dejar mal parado a su traducido... El viejo proverbio *Traduttore, traditore* había adquirido, a los ojos de los discípulos fieles de Charcot y gracias a Freud, un amargo sabor a literalidad.

DOS. Esa obsesión de Freud a veces adquiría matices distintos. Es lo que se observa en uno de sus tempranos escritos, el cual, gracias a un ensayo de reciente aparición, ha ganado por fin el derecho a ser incorporado al *corpus* freudiano. En efecto, la lectura que Santiago Rebas hace de la reseña que Freud escribió en 1889 sobre un libro de August Forel, es capaz de transformar esas páginas primerizas del neurólogo -normalmente pasadas por alto o leídas a las apuradas- en un “texto freudiano digno de examen”.ⁱ Dicho en otros términos, las prolijas y razonadas argumentaciones desplegadas por Rebas deberían ser suficientes para mudar de una vez por todas esa reseña sobre Forel del incómodo volumen primero de las obras de Freud (reconocible mediante ese caprichoso título de *Publicaciones prepsicoanalíticas*) al tercero...ⁱⁱ

La tesis de Rebas es construida mediante una operación de lectura paciente y bien informada. Su apuesta más firme consiste en poner de relieve que en esa obra de Freud de 1889, es posible reconstruir una distinción entre un enunciado (que en Freud tiene el objeto de defender la utilidad de la hipnosis) y una enunciación que, tal y como el autor nos ilustra por medio de un trayecto sutil, da la espalda al proceder hipnótico.

TRES. Apoyados en el aporte de Rebas, en estas entregas quisiéramos seguir las tramas de historias superpuestas. A propósito de la reseña freudiana del libro de Forel, nuestro cometido es indicar que, como tantas otras veces, cuando el creador del psicoanálisis intenta hablar de las páginas de un semejante, en verdad no puede sino verse empujado a referirse constantemente a un tercero. Cuando quería hablar de Charcot, tributaba su aprecio a Erb; cuando era el turno de comentar a Bernheim, por el contrario, su pluma volvía una y otra vez a las virtudes de Charcot. Y en este caso, cuando su mirada se dirige a Forel, la figura de Meynert monopoliza su discurso. Un recorrido por sus textos de esa época habrá de permitirnos conjeturar que el afán inconsciente de Freud es siempre el otorgarse a sí mismo una estirpe. Así, la secuencia imparable de los destinatarios de sus diatribas responde lógicamente a la permutación de sus estirpes anheladas.

Pero no es esa la única filiación que cabe develar aquí. Nuestra labor será asimismo tomar en serio una pista que Rebas deja al alcance de quien quiera recogerla. En la página final de su último ensayo, confiesa que a su interés por estos temas le sirvió de “inspiración” (“no del todo advertida durante” la redacción del texto) la tesis de su bisabuelo, Gregorio Rebas.ⁱⁱⁱ En efecto, aquel otro Rebas había escrito en 1892, como tesis para la obtención del grado de doctor en medicina en la

Universidad de Buenos Aires, un trabajo titulado *La sugestión en terapéutica*. No sin provecho volveremos a esas páginas de 1892, que conforman el tratado más importante sobre hipnosis y sugestión antes de la irrupción de los escritos de José Ingenieros. De esa forma, el ensayo de Santiago Rebasá habrá tenido para nosotros un doble rédito: no solamente habrá ayudado a hacer de la reseña de Forel un escrito freudiano, sino que nos deslizará hacia el modo en que un médico argentino de fines del siglo XIX estaba ya muy cerca de las cosas que generaban tanto revuelo entre sus colegas de Viena.

-
- ⁱ Rebasá, Santiago. “Un caso de defensa de la hipnosis contrario al discurso hipnótico”. En Rebasá, Santiago & Braun, Daniel (2013) *Cómo lee un psicoanalista. Sugestión, transferencia, interpretación*. Buenos Aires: Letra Viva, pp. 99-112; la cita corresponde a la página 102. Si bien en estas entregas haré constante referencia a ese capítulo en particular, las reflexiones aquí contenidas dialogan con otros trabajos reunidos en el volumen.
- ⁱⁱ A propósito de la misma necesidad de engrosar el volumen tercero, el lector hallará en otro de los ensayos de Rebasá información muy útil para comprender el visible error que se comete al repetir que el escrito de Freud “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)” es de 1890 (cf. Rebasá, Santiago. “Cuerpo de la hipnosis, cuerpo del amor”. En op. cit., p. 116 n.)
- ⁱⁱⁱ Esa declaración de Rebasá -a la cual el mote de “confesión” quizá no le convenga en sentido estricto- hace serie con muchos otros elementos de sus textos, en los cuales el autor se permite la recuperación de recuerdos personales, conversaciones con extraños, etc. Una mirada superficial querrá ver allí un imperdonable intento de remedar el estilo de Freud -intento permitido solamente a los grandes jefes de escuela-. Esa “inspiración” demasiado evidente pierde peso si se toma en consideración que el proceder de Rebasá responde seguramente a una razón distinta. Tal y como Barthes -a quien Rebasá ha leído y comprendido de sobra- enseñó a la semiología, el “yo” (con su cuerpo y su imaginario) es la fuente más disponible y legítima para toda exégesis de los sentidos.